

### "Privacidad Pública"

Otra vez. ¿Por qué siempre pasaba lo mismo? Al tomar lista en el curso como todas las mañanas, cuando la profesora la nombraba, se escuchaban murmullos por todas partes del salón. Inevitablemente, una lágrima recorría el rostro de Camila, hasta que llegaba al suelo, donde desaparecía para siempre. Solía servirle a modo de consuelo sentir que su tristeza se perdía en la infinitud de abstracciones de los mosaicos del salón. Como de costumbre, comenzó a repetir en su cabeza cómo había llegado hasta ese punto en el que la desesperación era un nuevo tipo de célula en su cuerpo.

El día 25 de junio era para ella una fecha que sin dudas no iba a olvidar. Camila se sintió la chica más afortunada de todas cuando recibió un mensaje de Pablo, el chico más lindo de toda la escuela y dos años mayor que ella. Empezaron a hablar todos los días. Y cuanto más tierno y cariñoso, sus compañeras más envidiosas y celosas.

Exactamente el 13 de agosto, en el marco de una supuesta situación de plena confianza, Pablo le pidió a Camila un gran favor: que ella le mandase fotos de sí misma semidesnuda o desnuda completamente. En ese momento, llegó a su mente la imagen de una pequeña indefensa a la cual su madre le había enseñado sobre la privacidad. Pero la reacción de su enamorado la había situado entre la espada y la pared: "¿Acaso no confiás en mí? ¿En qué tipo de relación no hay confianza? En ninguna, y si no podés hacer esto por mí, sería mejor que dejemos de hablarnos". Ella lo pensó y no podía permitirselo, menos habiendo llegado tan lejos, por lo que a duras penas envió las fotos, convenciéndose a sí misma de que nada malo pasaría.

Al día siguiente, toda la escuela tenía sus fotos íntimas en sus celulares, pero Camila no lo supo hasta que llegó. Millones de insultos y barbaridades comenzaron a lloverle. Por primera vez, Camila sintió ardor y molestias en todo su pecho y su cuello, lo que se conocía como "angustia". Al cabo de unos minutos, cuando por fin logró calmarse lo suficiente como para que no se notase, su teléfono comenzó a sonar desquiciadamente. Eran poco más de 500 mensajes con todo tipo de obscenidades. Cada vez llegaban más y más. Camila buscó cualquier tipo de excusa para salir de la escuela y volver a su casa, bajo la protección de su madre. Ella estaba convencida de que aquella mujer mágica que le había dado la vida y tantas veces le había arrojado un salvavidas, podría calmarla y lograr que dejaran de molestarla, pero no se sentía lo suficientemente valiente como para arruinarle la vida. Entonces calló, calló y trató de afrontar las consecuencias de sus actos tal y como le habían enseñado alguna vez, siempre mostrándose fuerte e indiferente tanto ante su madre como ante el resto de sus compañeros, que al parecer sólo buscaban verla devastada.

Ya han pasado cuatro años. Todas las mañanas, Camila se levanta y piensa en aquel infierno que tuvo que atravesar, pero nunca volvió a reprocharse las decisiones que había tomado. En cambio, se dedica a mantener una organización fundada por ella misma, mediante la cual busca ayudar a aquellos adolescentes que al día de hoy, siguen atravesando este tipo de situaciones.

Si algún día pasás por el centro de Rosario, es más que seguro que verás cientos de panfletos con su frase favorita: "No estás sólo, yo puedo ayudarte".